Semblanza de Vicente

Luis Miguel Enciso

Señor rector, señora decana, miembros del claustro de la Universidad Complutense, queridos familiares de Vicente y amigos todos. Experimento, al dirigirme a vosotros, dos sensaciones distintas. La primera es de emoción y de nostalgia por la ausencia de Vicente. La segunda, en cambio, es de alegría y gratitud y, por tanto, más reconfortante. Gratitud al rector de la Universidad, a la decana de la Facultad de Geografía e Historia, a los catedráticos y profesores aquí presentes. Gratitud también a los organizadores: Salvador Pons, el amigo más veterano de Vicente; a Vicente Ferrer, a Paloma O'Shea, a Octavio Ruiz-Manjón y a cuantos han colaborado en la preparación del homenaje. En fin, gratitud a los asistentes, venidos de distintas latitudes. No sabría silenciar, por último, la alegría que me produce compartir esta mesa con amigos tan excepcionales.

Si se quiere resumir de algún modo mi breve intervención de hoy, diré que me dispongo a trazar, de forma sumaria, la semblanza de un intelectual liberal en el que se reflejaban los rasgos de carácter de un aragonés de estirpe y temperamento, aunque nacido en Madrid.

Voy a relatar dos anécdotas que resumen, con todo el esquematismo que se quiera, el comienzo y el final de una vida plena de sentido y mensaje.

La primera anécdota tuvo como marco el espacio que da frente a Castellana 3 de Madrid, el inquietante Palacio de Presidencia de Gobierno de la etapa franquista. Corrían, digamos, los años cincuenta y cinco. Vicente era entonces una persona muy joven, aunque había acabado dos carreras. Llevaba un traje gris, bien cortado, conforme a los modos del tiempo, y, en general, presentaba un aspecto cuidado. Se mostraba incansablemente gesticulante y expresivo, y hablaba sin cesar sazonando la conversación con tacos y modismos, digamos, informales. Se manifestaba crítico ante la situación política y rebelde frente a ciertos claroscuros de la vida. En realidad, Vicente era ya un espíritu exigente, de penetrante agudeza y humor agridulce, pero apasionado admirador de la naturaleza humana.

Pasaron muchos años. Un día de primavera de 1997, en la cafetería *El Yate*, de la calle Martínez Campos de Madrid, estábamos, dispuestos a almorzar Octavio Ruiz-Manjón, Alberto de la Hera y yo esperando la llegada de Vicente Cacho. Aquella iba a ser, aunque yo no lo imaginaba, la última

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Cafetería El Yate en la calle Martínez Campos de Madrid.

vez que compartiríamos mesa y mantel. *El Yate* era un lugar muy del gusto de nuestro amigo. Bullicioso, acogedor, de cocina alejada de exquisiteces pero sabrosa, con un ambiente cálido, en el que "Don Vicente", como decían los camareros, no era un visitante de ocasión sino un cliente asiduo, contertulio habitual y, en definitiva, un hombre de la casa. Vicente entró de manera sorprendente y abrupta. Era el de siempre, pero esta vez algo desaliñado, con un jersey, un pantalón de pana, un chaquetón marinero y una gorra, también, de lobo de mar. No tenía un solo pelo en la cabeza, y su rostro estaba desfigurado por el tratamiento contra el cáncer. No distinguí quién era hasta que se acercó a la mesa. No hace falta decir que el almuerzo discurrió en un clima relajado y cálido, realzado por la formidable amenidad del visitante y el tirón de la amistad. De alguna manera, aunque no lo dijera, vino a despedirse.

Aparte de estos recuerdos, personales pero significativos, tengo que exponer algunas cosas más. Todas ellas conectarán, de algún modo, con las anécdotas que acabo de referir. Haré, primero, algunas observaciones sobre la personalidad de Vicente Cacho y, después, me ocuparé de sus rasgos distintivos como intelectual. Hablaré muy levemente de la tentación, nunca realizada, de la política y, naturalmente, me referiré a su dimensión religiosa y a sus últimas actividades.

Vicente fue siempre una inteligencia clara, sólida, cartesiana, penetrante, con matices de ironía y de tímida y represada ternura. Fue especialmente agudo para conocer a las personas y buen oteador de las circunstancias. El hombre como individuo y el hombre en sociedad eran, sin lugar a duda, los

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

dos horizontes capitales de su brillante y sutil análisis y de su experiencia vital. Su forma preferente de manifestarse era crítica. Crítico consigo mismo, tal vez demasiado autocrítico, como muchas personas de grandes valores, y crítico, algo escéptico y compasivo, con los demás. Era un hombre rebelde: se rebeló frente a todo lo que le parecía alejado de su afán de verdad. Aceptó su destino final con grandeza, su destino inicial también, pero sin dejar de ser un hombre rebelde.

En las anécdotas que he narrado, Vicente Cacho reveló, como iba a revelar a lo largo de toda su existencia –porque fue uno y el mismo–, una especial profundidad en los sentimientos. Era auténtico. Su corazón palpitaba, estaba vivo, se trasvasaba a sus ojos, a sus gestos, a sus manos, a sus actitudes. De él emanaba una singular lealtad a las causas de los amigos, comprensión hacia los adversarios que no se definieran por la insinceridad o el convencionalismo, y tolerancia, sin grandes aspavientos, hacia las debilidades ajenas o propias. Contaba con un espectro selectivo pero amplio de amistades, aunque siempre lejos de los intereses o el artificio. No tenía amigos de escuela, de fratría, de oficio, de gremio o de ocasión. En las amistades de Vicente había orígenes ideológicos y psicológicos diversos, temperamentos distintos, biografías llenas de contrastes. Una particularidad suya fue sentirse próximo no sólo a los amigos, sino también a las familias de los amigos, como buscando una reconfortante superación de soledades e incomprensiones.

Se manifestaba tímido en sus relaciones sociales convencionales, tal vez por horror a los convencionalismos. Sin embargo, era enormemente creativo, ágil y de incesante fluidez en el diálogo, y generoso y cordial en el trato interpersonal. Fue, en gran medida, un maestro para transmitir conocimientos, despertar vocaciones intelectuales, ofrecer pautas de comportamiento o, simplemente, para compartir silencios, situaciones, ideas y experiencias. Por otra parte, captaba la realidad con matices originales. La veía desde su pálpito intelectual y desde su sentimiento, desde su ser profundo, y la veía de forma genuina. Estuvo alejado casi siempre de la vulgaridad y, en todo caso, de estereotipos o tópicos. Demostraba una reserva, que yo no entendía muy bien, frente a la imaginación o la fantasía; tal vez era un instrumento de defensa o una compleja cautela para no abandonar la ruta de la verdad. Le gustaba mandar, se creía dotado para mandar, y tenía una formidable capacidad de organización. Sus actividades se concatenaban en un proceso incesante de orden que se repetía desde el inicio de una conversación hasta la planificación de su entierro –lo último que yo podía pensar– o la ordenación de sus trabajos académicos o de investigación. Tenía, por último, una innata capacidad para el arte y la estética, también para la palabra bella. Era, en definitiva, un auténtico portavoz de la idea del "todo", o sea, la convicción de que el arte y la poesía, como otras manifestaciones semejantes, son reverberaciones de la belleza en su conjunto.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Su familia, otro escenario principal de su vida, ocupó un lugar importante en su existencia. Su madre –la recuerdo muy bien, con esa finura, ese humor y esa dulzura de una mujer que era viuda desde hacía años–, su hermana Isabel –que está aquí entre nosotros– y pocos parientes más. Era una familia reducida, pero de lazos muy firmes. Las visitas a la casa de la calle Fernando el Católico de Madrid, donde Vicente tenía un pequeño despacho considerado por su madre como un lugar semi-sagrado, no son fáciles de olvidar.

En fin, nuestro homenajeado de hoy fue un hombre dotado para inspirar respeto, admiración, cercanía, a veces, impaciencia, y de ello han dado testimonio, a lo largo de los años, universitarios, artistas, escritores, periodistas, líderes sociales, y sus familiares. Amó los espectáculos, y, en particular, le interesaron el teatro y el cine. Fue también un deportista de ciclo corto: montañero, amante de la sierra madrileña y otras sierras, andarín sempiterno. El mar le inspiraba un respeto reverencial, y no creo que demostrara especial habilidad en el tenis u otros juegos o deportes semejantes.

Al contemplar su vida con la sabia perspectiva que da el tiempo, Vicente aparece a nuestra vista como un intelectual, en el sentido orteguiano del término. Aspiró a serlo, lo fue siempre, y lo fue de manera coherente. Daba declarada primacía a la razón, si acaso, con tres añadidos: el sentido común, el orden –casi maniático– y el sentido estético. Trabajó de firme, con sus propios métodos e idiosincrasia, y con personalidad rebosante.

Era un lector infatigable. Pocas gentes han tenido la devoción que Vicente tuvo por el libro, la capacidad para asimilar la letra impresa y para el diálogo, casi sensitivo, con ella. Su afinidad con las bibliotecas fue proverbial: la Biblioteca del Ateneo de Madrid, cuando era jovencísimo; la Biblioteca del Estudio General de Navarra, en la calle San Antón de Pamplona; la Biblioteca del Ateneo de Barcelona, ya más maduro; la Biblioteca Nacional, bibliotecas londinenses y parisinas, la Biblioteca de la Fundación Ortega, segundo hogar para él, y la Biblioteca, entre simbólica e informática, de la Fundación Albéniz. Por lo demás, Vicente no sólo se mostró adicto a la biblioteca y a los productos de la imprenta, sino, como espíritu abierto a las novedades del tiempo, de las ventajas que proporcionan los medios informáticos.

Cacho llegó a poseer un enorme bagaje cultural. Tenía una formación jurídica básica, propia de una época en que algunos combinamos los estudios de Derecho y Filosofía y Letras, pero, sobre todo, contaba con un privilegiado depósito de saber histórico. Conocía bien la Historia Moderna, mejor la Contemporánea y, también, la de América, cuya licenciatura cursó con brillantez. La Historia del Arte y, como acaba de subrayar Antonio Fontán, la de la Literatura no le eran ajenas. Fue un hombre de innato gusto literario, y supo escribir con fluidez y propiedad. Era más hombre

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Luis Miguel Enciso con la familia Drinkwater. Oxford, 1962.

de ideas que filósofo. Me parece que la búsqueda del saber la entendía más bien como fruto de la reflexión propia, la contienda ideológica o la dialéctica, que como la adquisición de un corpus filosófico. No veo a Vicente como un metafísico o un cosmólogo. En otro orden de cosas, le interesaba sobremanera la política, en sus facetas teórica e informativa, y también las ciencias sociales, en general. Una y otras ocupaban un espacio no desdeñable en el universo mental y vital de Cacho.

Una tentación no realizada en la vida de nuestro protagonista de hoy fue la actividad política. No quiso ejercerla en la etapa franquista, época dura y oscura para no pocos, gris para la mayoría. Vicente tuvo la firmeza de rechazar siempre el franquismo. Hubo gente que estuvo en la cárcel, hubo quienes protagonizaron un exilio interno y hubo quienes se dedicaron a trabajar. El se movió, más que nada, en esta última posición, pero su choque con el sistema fue frontal. Tanto, que le llevó a distanciarse de amigos sólidos, como Florentino Pérez-Embid, cuando este último aceptó el cargo de director general de Bellas Artes.

Muy joven, Vicente Cacho ganó la oposición a Técnico de Información y Turismo, e inició después una sugestiva etapa de gestor cultural. Como todos los que entienden en su esencia la gestión o la promoción cultural,

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

más si se ejercen con finura y empeño, acertó en sus "tareas y labores". Era reconocida su capacidad para los signos y símbolos del arte o la literatura de vanguardia y supo dar cauce a múltiples proyectos. ¿Quién podía imaginar que, en aquella sala un poco lóbrega de Santa Catalina y en el edificio, en tiempos pretéritos vivo y luminoso, pero entonces también algo sombrío del Ateneo de Madrid, Vicente Cacho, "Pepus" –José Luis Sánchez–, José Luis Tafur y otros iban, en medio del desierto franquista, a poner en marcha todo un programa cultural válido y enjundioso? Quizá la expresión máxima del compromiso de Cacho con las aventuras de la promoción o difusión cultural se encuentre en su entrañada y eficaz colaboración con Salvador Pons. Cacho y Pons eran, por entonces, en la tímida movida madrileña, los Tip y Coll del sector.

Dos grandes opciones ganaron amplias franjas de vida de Vicente Cacho, en los años 70, 80 y 90: la Universidad y Cataluña. Empezó, como en otras actividades, viéndolas de lejos, y luego, se fue acercando hasta sentirlas como algo propio y arraigado.

La Universidad fue, para Vicente, un auténtico destino. Se formó en Madrid, y el cauce final de esa etapa inicial la encontró en la relación con Florentino Pérez-Embid, su maestro. Pérez-Embid fue, si cabe decirlo así, un colaborador del franquismo, de ideología monárquica y tal vez fuera de época. Libre en sus formas de vida y en muchas de sus concepciones, se vio condicionado por la Guerra Civil y por su afición a la política, dos factores que se contraponían a sus naturales deseos de libertad. De simpatía excepcional, de talento poco común, Pérez-Embid apostó desde el primer momento por Vicente Cacho, y apoyó sus investigaciones sobre la Institución Libre de Enseñanza, un tema que, en los ambientes mezquinos y reaccionarios de la época, podía verse como audaz. La elección de tema, con el paso del tiempo, tendría una importancia singular en las investigaciones y en el espíritu de su discípulo. Vicente llegó a ser, si se me permite decirlo así, un institucionista honorario porque la Institución y sus hombres no fueron para él sólo un campo de estudio, sino en ciertas facetas, y sobre todo las relacionadas con la ética ciudadana, un modelo a imitar.

Desde Madrid Vicente saltó a Pamplona, donde se ubicó cierto tiempo. En aquella etapa, Antonio Fontán era guía e impulsor de una serie de investigaciones, proyectos y tareas universitarias, de no poca novedad, en las que trabajaron, entre otros, el propio Vicente, Patricio Peñalver, Ángel Benito, Alberto de la Hera y Ramón Cercós.

Vicente abandonó el grupo en los confines de los 70, fecha en que, tras una brillante oposición a la agregación de Historia Contemporánea, dio el salto a la Universidad Complutense y, poco después, ya como catedrático, a la de La Laguna. Estableció estrechos lazos con el ambiente lagunero, y allí experimentó, con especial fuerza, esa complicidad y fascinación que

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Lectura de la tesis doctoral de Celso Almuiña. Universidad de Valladolid, 1976. De izquierda a derecha, Vicente Cacho, Carlos Seco, Vicente Palacio Atard, Luis Miguel Enciso y Jesús Mª Palomares.

en no pocos peninsulares ejercen las Islas Afortunadas. Él, que era un hombre tan meseteño y, si se quiere, de sierra madrileña, más que de montaña, vivió la mar a través de Canarias. También la gozó en La Rábida, aquel escenario de los salmones y azules de Juan Ramón, donde Vicente, junto con Ramón Cercós y otros amigos, luchó para abrir nuevos cauces de libertad a los cursos que dirigiera el infatigable y jovial Rodríguez Casado.

Tras una breve estancia en Valencia, Vicente Cacho recaló a mediados de los 70 en Barcelona, el que había de ser un hogar de predilección. Años antes, sin embargo, había tenido una desagradable experiencia en la Universidad Autonóma, donde la estrechez de miras de algunos, pese a que luego entonaron la palinodia por su injusta actitud, le cerró el paso. Más tarde, ya a comienzos de los 80, Cacho se convirtió en catedrático de la Complutense, la casa grandona, pero acogedora, en la que muchos de nosotros hemos centrado nuestra vida académica.

Estando en la Complutense, intentó de nuevo volver a Barcelona, tal vez porque creía que era mejor estudiar *in situ* el nacionalismo catalán y, a la vez, servir de puente entre Madrid y Barcelona. Pero el destino es, con frecuencia paradójico. Una persona a quién él y yo ayudamos de forma decisiva en una oposición a cátedra se opuso a que Vicente se trasladara de nuevo a Barcelona. Brota, sin querer, la sonrisa de la ironía. En contraste con lo que describo, ¡qué inolvidable el recuerdo de las ingenuas conspiraciones de Vicente y mías para que los catalanes se sintieran cómodos en el difícil trance de las oposiciones y para que pasaran, con la complicidad que da la comprensión, la desagradable prueba –que a muchos nos repugnaba– de obtener el formulario certificado de lealtad al Movimiento!

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

En los últimos quince, o más, años Vicente se vinculó a la Fundación Ortega. Su amistad con Pepe Varela Ortega fue duradera e importante para él, lo mismo que el trato siempre generoso que le dispensó Soledad Ortega, heredera y símbolo de la tradición orteguiana. La conexión con la Fundación Ortega se hizo compatible, en tiempos más recientes, con sus responsabilidades en la Fundación Albéniz, la empresa que, con tanta exquisitez, inspira Paloma O'Shea y tan eficaz e inteligentemente dirige Vicente Ferrer. Casi al final de su vida, dejó prácticamente escritas algunas obras no muy extensas, pero de singular calidad: *Repensar el 98*, *Revisión de Eugenio d'Ors*, *El nacionalismo catalán como factor de modernización*, *Los intelectuales y la política. Perfil público de Ortega y Gasset*, y J. Ortega y Gasset, *Textos sobre el 98. Antología política (1908-1914)*, con un estudio introductorio de Vicente.

Para completar las referencias a la aventura universitaria de Vicente Cacho Viu cabe decir que, por encima de sus clases, investigaciones y tareas, incluso más arriba que sus libros, el listón de la excelencia indiscutible lo marca su magisterio. Tuvo muchos discípulos, en el pleno sentido del término. Lo fueron, en especial, los seguidores de su línea de trabajo: Javier Tusell, Pepe García Velasco, Octavio Ruiz-Manjón y Florentino Portero. ¿Qué tienen que ver unos con otros? No mucho, y, aunque muy diversos por los años de dedicación a la Universidad, el peso de su obra histórica y muchos más rasgos propios, todos se distinguen por una cierta urbanidad intelectual, una ética y estética de la ciencia histórica, una afición al siglo XX como objeto de estudio y una metodología libre y creativa.

Un horizonte más de la biografía de nuestro amigo, y una esencial maqueta de su vida, se compendia en sus compromisos cívicos y religiosos. Vicente fue, todo el mundo lo sabe, un miembro numerario del Opus Dei, y lo fue toda la vida. Criticó ciertas cosas, pero fue inequívocamente leal a su vocación de cristiano enraizado, como un laico más, en la sociedad civil. Manifestó una gran simpatía por la Compañía de Jesús y alguna otra organización religiosa, pero fue marcadamente hostil al influjo clerical y de las autoridades eclesiásticas en asuntos temporales y contrario a todo paternalismo.

Por lo demás, Vicente fue un hombre de mundo, pero no un hombre mundano y tuvo una visión laica, no laicista de la vida. Dio prueba sostenida de un entusiasmo por la sociedad civil y, si hubiera que buscar una definición para él, se diría que quiso ser –¡qué bello!– un ciudadano.

Las raíces de su actitud en política son muy claras: la libertad, siempre; la democracia, desde niño; la solidaridad y sentido social muy acusado. En definitiva, una libertad de dimensión social.

Vicente era, desde hace años, un simbólico y peculiar "embajador" de Cataluña en nuestra Complutense. En un homenaje que se le tributó recientemente, en la Casa de Velázquez, el maestro Jordi Nadal coronó una brillante intervención afirmando que él se sentía españolista y catalanista.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Visita al presidente Jordi Pujol en el Palau de la Generalitat de Catalunya. A la derecha, Paloma O'Shea y Vicente Ferrer, hacia 1990.

Como significativo contrapunto cabría afirmar que Cacho era, por encima de todo, español, con un patriotismo crítico, pero, desde fuera de un compromiso político, una conciencia lúcida para entender y admirar el catalanismo. Lo entendió tan bien que el propio presidente Pujol ha alabado en Madrid, al menos dos veces, en actos públicos, el libro de Cacho sobre *El nacionalismo catalán como factor de modernización*. Por mi parte, me permito añadir que ojalá se enteraran muchos del mensaje de ese libro.

La imagen cívica de Vicente Cacho se completa con su voto socialista. Votó socialismo en 1977, lo recuerdo bien, y provocó mi sorpresa. No era fácil para mí, liberal de UCD, entender que un hombre de pensamiento liberal favoreciera con su voto al PSOE. Nuestras conversaciones y, a veces, discusiones me hicieron interpretar que votaba socialismo, en paralelo con otros ciudadanos que, sin adscripción política, hicieron lo mismo que él, como una parábola para que la sociedad española salida del franquismo aprendiera a respetar a la izquierda y sus valores y se borrara la imagen injusta que para ciertas personas tenía el socialismo. Pasado el tiempo, he comprendido que el suyo era el voto sincero de un hombre fronterizo entre el liberalismo y el socialismo. En esa postura se mantuvo, me parece, hasta el fin de sus días.

Su adscripción cívica y su dimensión religiosa adquieren pleno sentido en sus compromisos con la modernidad. Mantuvo su mente y su corazón siempre jóvenes y dispuestos para captar el signo de los tiempos e intervenir en sus formulaciones presentes y futuras que la voz común consideraba de progreso.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Vicente Cacho con Felipe González, José Varela Ortega, Luis Larroque, en el seminario sobre la transición política española. Toledo, mayo de 1984.

Acabo. Los ideales y comportamientos de Vicente Cacho en vida tuvieron su simbólico refrendo final, una vez muerto, en los dos entierros que él mismo dispuso. Para el entierro religioso, al que asistieron familiares y amigos, había optado por la cremación de sus restos. En cuanto al otro entierro, digamos cívico-religioso, al modo anglosajón e institucionista, transmitió a sus íntimos el guión del acto tal y como había de celebrarse. Siempre tendré el recuerdo de aquella singular ceremonia, un día de noviembre, en el jardín, un poco desolado, de la Fundación Ortega. A ella acudimos personas de muy diversa condición, y todos nos sentimos ganados por la emoción y el respeto. Había dispuesto la celebración de su muerte como un resumen simbólico de aspectos centrales de su vida. Hablaron, en aquella ocasión, Pepe Varela Ortega, un catedrático que representaba la tradición laica y orteguiana; Gonzalo Redondo, sacerdote del Opus Dei y profesor de la Universidad de Navarra; Enrique Menéndez Ureña, jesuita y catedrático de la Universidad de Comillas; y Francisco Portela, Vicerrector de la Universidad Complutense. Después de las intervenciones de todos ellos, la música de Bach quebró el impresionante silencio. Interiormente, susurré: Vicente, querido amigo, te recordamos y te recordaremos. Imagino que otros muchos tendrían sentimientos semejantes.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei